

Hernán Cortés

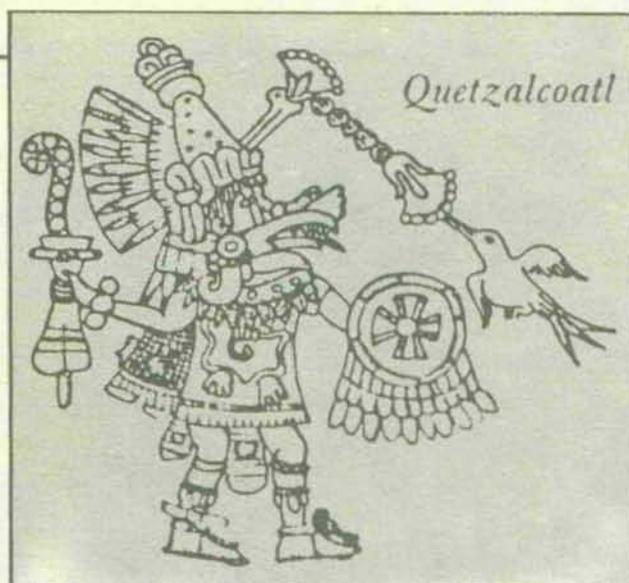
∇

Moctezuma II

● El mito que destruyó una gran cultura

Alvaro Custodio

Una difícil misión tenía don Hernando Cortés, agricultor y ganadero, cuando partió de Santiago de Cuba al frente de la expedición que debía llevarle hasta las costas ya descubiertas de Méxi-



co. Había arriesgado toda su fortuna en la empresa que compartía con su compadre Diego Velázquez de Cuéllar, gobernador de la isla Fernandina (Cuba), quien le encomendó explorar aquel territorio sin adentrarse demasiado en su espesura: se trataba esencialmente de rescatar todo el oro y la plata

que se hallase. Don Hernando no era un hombre tan mesurado como Juan de Grijalba, quien se había adelantado unos años a Cortés llegando hasta la costa que aquél bautizó como Santa

Marta de las Nieves y que éste decidió llamar Veracruz, nombre que ha prevalecido. Grijalba no tuvo la decisión de aventurarse en la conquista de la tierra que había descubierto, contra el parecer de sus capitanes entre los que se encontraba Pedro de Alvarado, después lugarteniente de Cortés.

A pesar de que Diego Velázquez de Cuéllar quiso destituir a Cortés del mando de la expedición por juzgarlo demasiado ambicioso, no pudo impedir que zarpase del puerto de la Habana hacia su destino el 10 de febrero de 1519 con once navíos en los que iban 108 marineros, 508 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 11 capitanes —en total 673 españoles— más 200 indios cubanos y algunos negros para carga y servicio. Sin olvidar los 16 caballos y los perros de presa que tan eficaz papel jugaron en la conquista. Iban a posesionarse de lejanas y extensísimas tierras en nombre del rey de Castilla, Carlos I de Habsburgo, elegido ese mismo año emperador de Alemania; un mancebo de escasos 20 años quien ni siquiera conocía la existencia de Hernando Cortés. Por ello la conquista de México, como la de casi todo el Nuevo Continente, fue esencialmente una empresa privada en la que el Estado sólo ejerció un poder nominal refrendando como simple notario cuanto se había consumado por la audacia y el valor de los que participaron con su propio riesgo y fortuna en la gran aventura.

Hernán Cortés era un hidalgué de Medellín (Cáceres) que estudió en Salamanca, sin mucho fruto, por lo que decidió embarcarse para las Indias en busca de fortuna. Se formó como capitán luchando contra los indios rebeldes de la Española (Santo Domingo) y en la conquista de la Fernandina (Cuba), enemigos pequeños que no exigían un gran despliegue de ciencia militar. Se casó con una dama llamada Catalina Suárez, de apodo la Marcaida. Acumuló una fortuna de cierta consideración con el propósito de emplearla en la conquista de nuevos territorios como jefe de la expedición.

A la llegada de Cortés a la costa del Golfo recibió casi de inmediato una embajada del señor de México Moctezuma Xocoyotzin con ricos presentes de oro, piedras preciosas y grandes plumas de colores, siéndoles colgadas las insignias de los tres dioses mayores del panteón azteca. Los españoles se quedaron pasmados con aquel sorprendente recibimiento que no acaban de entender. Los propios embajadores de Moctezuma vistieron a Cortés a bordo de su nave capitana con los atavíos del dios Quetzalcoatl dejando en el suelo los demás presentes que despertaron no sólo la curiosidad de los españoles sino su codicia. Cortés ordenó que pusieran grilletas en el cuello y en los pies de los mensajeros, empezando en seguida a disparar estrepitosos cañonazos de su navío contra la

costa. El espanto se reflejó en los rostros de los enviados del emperador de México y alguno de ellos se desvaneció. Se les quitaron las ligaduras y Cortés ordenó que se les diera vino y comida. Los españoles se regocijaron con la reacción de los aztecas que desconocían la pólvora y su uso mortífero. Cortés los había encadenado para que no se arrojaran asustados al mar.

¿Por qué en vez de recibirlos hostilmente, como los indios de Tabasco que hubieron de ser sometidos por fuerza volviéndose entonces sumisos y dádivosos, se mostraron desde un principio tan rendidos? El cacique de Tabasco obsequió a Cortés, como tributo de paz, veinte esclavas, entre ellas la hija del cacique de Oluta llamada Malinali quien hablaba las lenguas maya y nahuatl, aprendiendo rápidamente el castellano. A los españoles, su nombre Malinalinitzin —el sufijo **tzin** equivalía al **don** hispano— les sonó a **Marina** y así la llamaron: Doña Marina o Malinche. Su papel en la conquista como intérprete, confidente y amante de Cortés fue decisivo. Fue la Malinche quien explicó a don Hernando, por la relación que hicieron los embajadores del emperador azteca, que su señor había tomado al capitán español por el dios Quetzalcoatl, expulsado por los demás dioses de la residencia divinal.

EL PUEBLO DEL SOL

Cuando los aztecas o mexicas llegaron al Valle de México o Anahuac a mediados del siglo XIII, las tres civilizaciones que los habían precedido en territorio que hoy definimos como mexicano —mayas, teotihuacanos y toltecas— no eran más que un recuerdo de pasadas glorias. Los mexicas asimilaron las tradiciones de estos dos últimos pueblos ya que los mayas quedaban a muy larga distancia y hablaban una lengua distinta del nahuatl. Los aztecas se afincaron en las riberas del Lago de Texcoco donde ya vivían otras tribus de la misma raíz étnica que acabaron por someterse. Teotihuacan (ciudad donde nacen los dioses), situada a 40 kilómetros de la capital mexicana, floreció entre los siglos II y VIII; Tula, la gran urbe tolteca donde se yerguen los famosos atlantes de cinco metros de altura, subsistió de los siglos VIII al XII dejando también hermosas reminiscencias arquitectónicas en territorio maya que los toltecas conquistaron temporalmente. El pueblo tolteca fue quizá el más culto del Valle de México y era adorador del

dios *Quetzalcoatl*, creador de la pareja humana y de la vida.

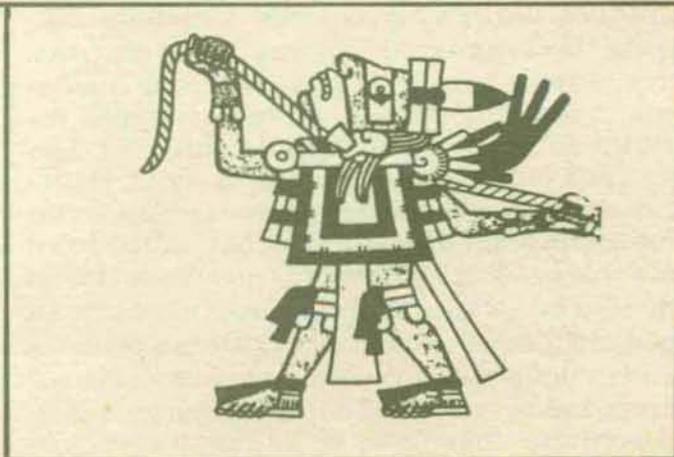
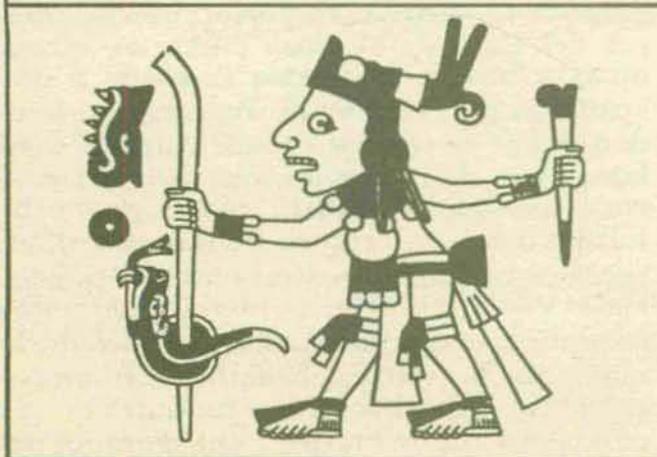
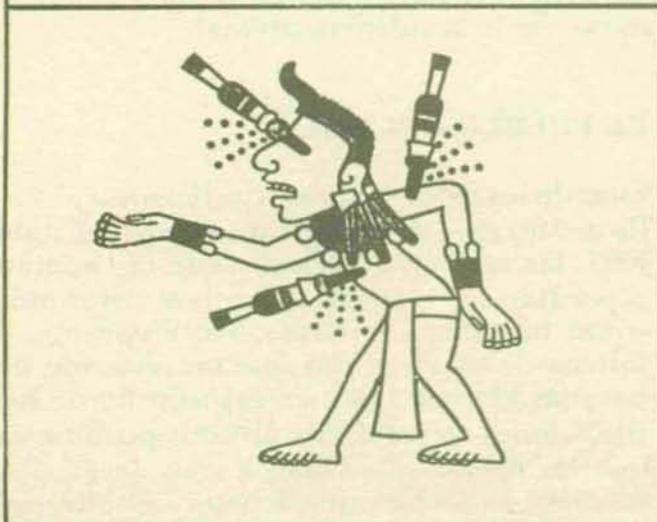
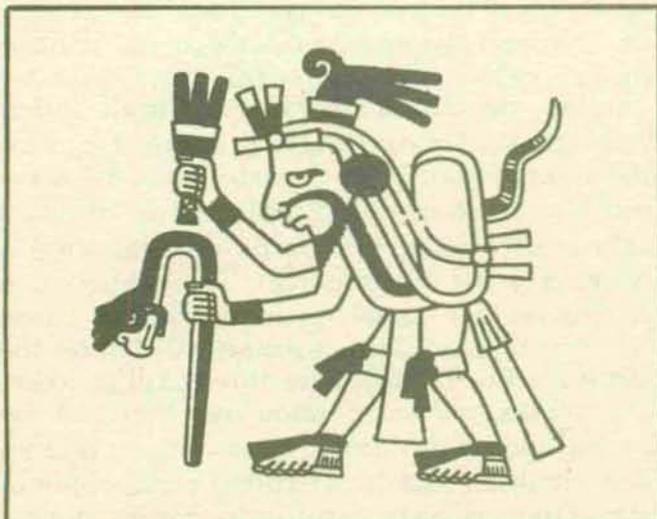
La tradición cuenta que el numen tutelar de los aztecas, *Huitzilopochtli* (encarnación del Sol al mediodía y dios de la guerra) condujo al pueblo que lo veneraba hasta el lago de Texcoco desde una remota región nórdica llamada *Aztlan* (lugar de las garzas) y *Chicomoztoc* (lugar de las siete cuevas) que algunos mexicanos de la California norteamericana reivindican como el solar de sus antepasados. *Huitzilopochtli* les hizo saber que

su ciudad habría de ser fundada donde vieran un águila posada sobre un nopal comiéndose una serpiente indigo, imagen que hoy sirve de divisa a la República mexicana. Casi en el centro del lago de Texcoco había un gran islote abandonado por las otras tribus y allí fue donde los aztecas creyeron ver la señal simbólica. Aquel islote se convirtió con el tiempo, la diligencia y las constantes victorias militares en la ciudad de *Tenochtitlan* que los poetas nahoas llamaron **ci-miento del cielo**.

El dominio de los aztecas sobre las demás tribus nahoas se debió principalmente al genio político y militar de un **tecutli** (noble) llamado *Tlacaélel* quien fue hasta el día de su muerte el poder detrás del trono durante cuatro reinos. La fundación de *Tenochtitlan* se calcula hacia 1370 cuando en Castilla se acababa de cometer el crimen de Montiel por Enrique de Trastámara en la persona del rey Pedro I el Cruel o el Justiciero. Se cree que el sentido fatalista y el desprecio a la muerte de los mexicanos tiene su origen en el culto a *Huitzilopochtli* en cuyo honor hizo erigir *Tlacaélel* el enorme templo mayor (**teocalli**) de *Tenochtitlan*, destruido por los españoles. El culto a *Huitzilopochtli* exigía que se le ofrendaran en forma permanente los corazones calientes de los prisioneros de guerra ya que los dioses, para subsistir, tenían que alimentarse de sangre humana o de lo contrario el sol volvería a apagarse como ya había sucedido cuatro veces.

Tlacaélel obtuvo tantas victorias y tan seguidas que en ocasiones careció de enemigo a

Fragmento del Códice Laud, probablemente de origen olmeca. Su nombre lo toma del Arzobispo de Canterbury, William Laud (1573-1645) uno de sus primeros dueños. Los dioses y personajes aquí descritos pertenecen a la religión y estilo de vida aztecas quienes asimilan las culturas precedentes. La tercera figura de la línea inferior es el dios *Quetzalcoatl* punzándose el sexo para dar vida a la pareja humana. A su izquierda, el dios de la Muerte, *Macatecutli*, devorando a un guerrero.



quien combatir, poniendo así en peligro la marcha de Tonatiuh (el Sol), lo cual sería el fin del quinto y último período del ciclo vital.

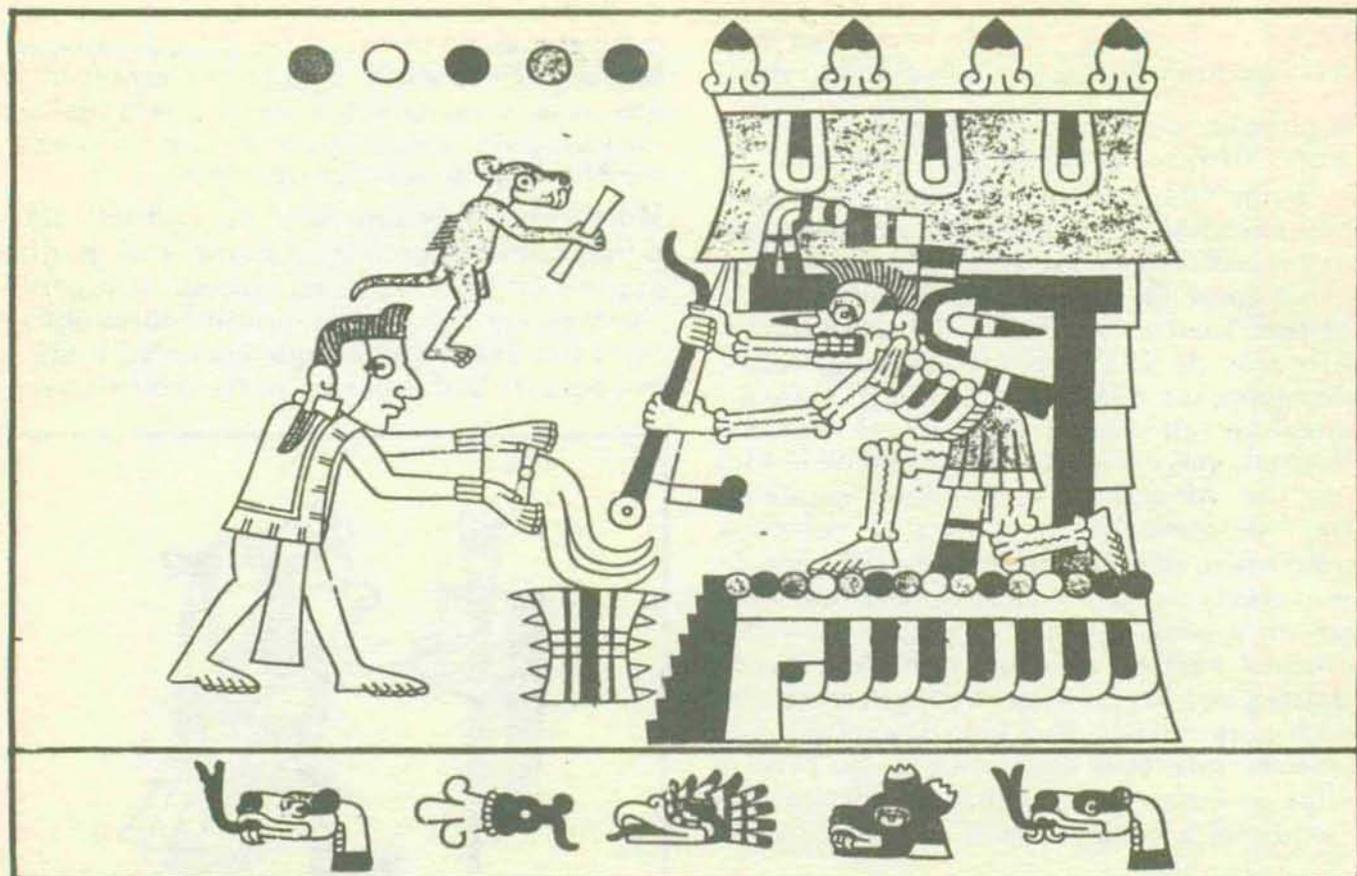
De ahí que se atribuya a Tlacaelel —en un campo histórico donde se anda a tientas— la invención de las **guerras floridas** cuyo único objeto era hacerse prisioneros mutuamente para sacrificarlos a los dioses. Se cree que en la inauguración del templo mayor de Tenochtitlan fueron sacrificados a Huitzilopochtli más de 20.000 cautivos tlaxcaltecas, huejotzingas y mixtecas. Los sacrificados alcanzaban en forma directa el Paraíso Oriental, vergel celeste. El cuerpo de la víctima se arrojaba, decapitado, escaleras abajo del **teocalli**; la cabeza se colocaba como trofeo en el **tzompantli** (empalizada de calaveras) con que los sacerdotes (**tlamacazqui**) ornamentaban sus templos. Los miembros del sacrificado eran cortados y consumidos por los familiares del guerrero que lo había capturado. Este acto de canibalismo debe ser apreciado desde su estricto prisma religioso como una comunión mística con quienes ellos consideraban como un ángel.

Moctezuma Xoxoyotzin (el joven, para diferenciarlo del primer Moctezuma que reinó 33 años antes) tenía 53 años cuando ofreció tan espectacular y generosa bienvenida a don Hernando Cortés el 8 de noviembre de 1519 a quien dedicó en lengua nahuatl, traducido al castellano por Malitzin (doña Marina) el siguiente discurso: —Señor nuestro, después de tanta fatiga y cansancio has llegado a tu tierra, has arribado a tu ciudad, Tenochtitlan. Ojalá que mis antepasados pudieran ver lo que yo, el residuo, el superviviente de ellos, veo con asombro. Ya he puesto mis ojos en tu rostro. Hace cinco días, quizá diez, tenía la mirada fija en la región del misterio. Y tú has venido entre nubes, entre nieblas. Y esto era lo que nos dejaron

dicho los reyes que gobernaron tu ciudad: que habrías de instalarte en tu asiento, que habrías de venir acá. Llega a la tierra, ven y descansa; toma posesión de tus casas reales, da refrigerio a tu cuerpo. A vuestra tierra habéis llegado, señores nuestros.

Moctezuma (palabra que en nahuatl significa señor sañudo a lo grande) no podía aceptar en su conciencia, repleta de supersticiones, que los aztecas, dominadores absolutos del único mundo que conocían pudieran ser arrollados por un puñado de aventu-





Otro fagmento del Códice Laud, modelo de pictografía indígena. De izquierda a derecha vemos a un sacerdote haciendo ofrendas al dios de la Muerte. Abajo, a la derecha, Tlaloc, dios de la Lluvia, provoca el trueno y el relámpago con una serpiente y un hacha de obsidiana.

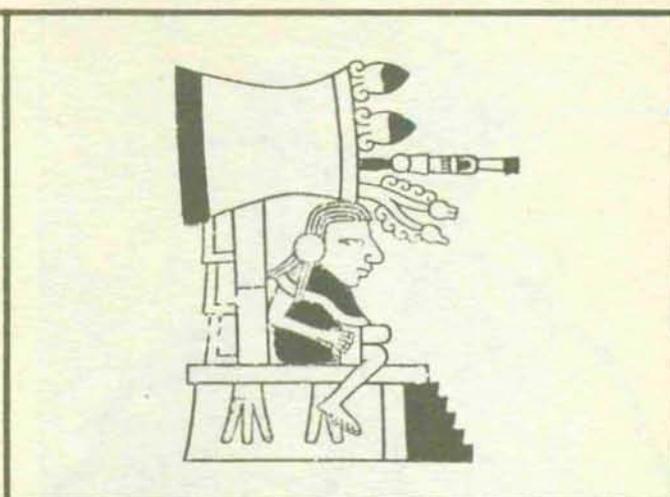
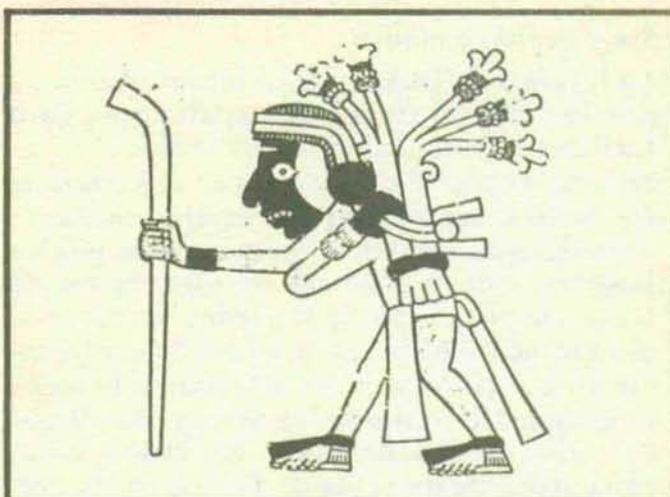
reros venidos de lejanas tierras. Aunque tuviesen apariencia mortal, habían de ser dioses (**teutes** y no **teules** como escriben los cronistas de la conquista) cuya misión era devolver al dios Quetzalcoatl, creador de la vida humana, el reino que le había sido arrancado por los otros dioses, temibles y venerables, pero asesinos de hombres. Un espíritu tan dócil al influjo religioso —también lo era el de los españoles, aunque con diferente estilo— no podía enfrentarse a quienes venían ungidos por una de las supremas divinidades del panteón azteca. Si en vez de Moctezuma Xocoyotzin hubiera reinado Ahutizol, el más aguerrido de los monarcas mexicas, con el implacable Tlacaélel como Primer Ministro, Cortés no habría sido acogido en su nave capitana con las insignias de Quetzalcóatl ni recibido después en Tenochtitlan con guirnaldas y flores, perfumadores, chalchihuites (piedras preciosas) y collares de caracoles incrustados en oro.

ALGUNOS CONCEPTOS SOBRE LA MISTICA AZTECA

«Cualquiera que intente por primera vez penetrar en el misterio de la religiosidad azteca

tendrá la impresión, a causa de la multitud de sus dioses extraños y repelentes cuya naturaleza parece tan impenetrable como impronunciables sus nombres, de encontrarse ante un oscuro y enredado politeísmo. Sin embargo, originalmente cada tribu nahua que emigró a la meseta central tenía por lo regular un dios nacional al lado del cual se veneraba un número de fenómenos y fuerzas naturales personalizados», dice el notable investigador germano Walter Krieger en su libro «Las Antiguas Culturas Mexicanas». La adoración, como premisa religiosa, del astro solar (Tonatiuh) fue la gran aportación del pueblo azteca al identificarlo con Huitzilopochtli (Sol del mediodía) inexistente en la teogonía tolteca. La adoración de este dios terrible y voraz hizo imprescindible la guerra, no sólo para nutrición dividida sino para extender a través de ella su dominio militar y político sobre los demás pueblos. Así los mexicas, como los españoles, utilizaron la religión como justificante trascendente de su imperialismo.

El gran antropólogo mexicano Alfonso Caso ha hecho un agudo análisis del contenido intrínseco del culto del sol por el pueblo az-



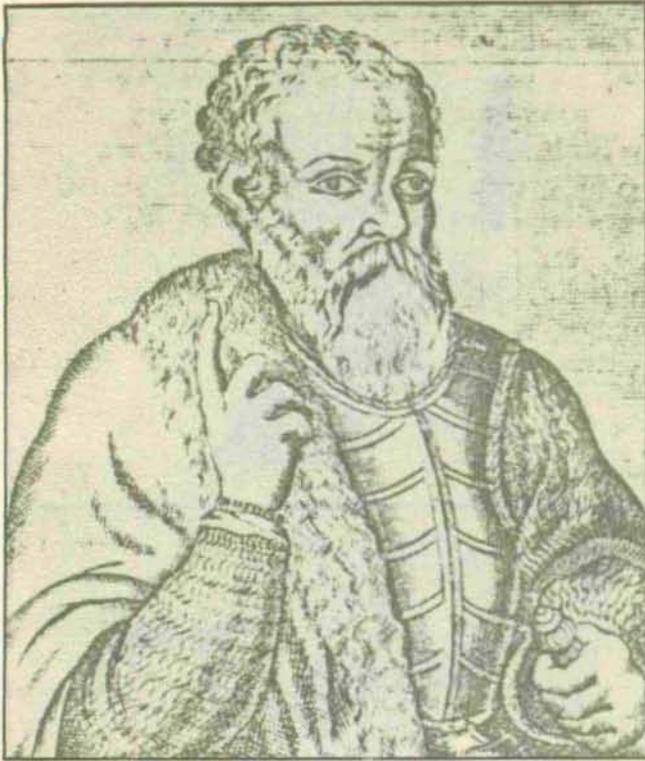
teca a través de los sacrificios humanos que podría resumirse en el siguiente párrafo:

«Huitzilpochtli, el joven guerrero, nace todas las mañanas del vientre de la vieja diosa, la Tierra, y muere todas las tardes para alumbrar con su luz apagada el mundo de los muertos. Al nacer el dios tiene que entablar combate con sus hermanos, las estrellas y con su hermana la Luna. Armado con la serpiente de fuego, el rayo solar los pone en fuga cada día y su victoria significa un nuevo día de vida para los hombres. Al consumir Huitzilpochtli su victoria es llevado en triunfo hasta el centro del cielo por las almas de los guerreros que han muerto en la guerra o en la piedra de los sacrificios. Cuando empieza la tarde es recogido por las almas de las mujeres muertas en parto que se equiparan a los hombres porque murieron al tomar prisionero a un hombre: el recién nacido... Todos los días se entabla este divino combate, pero para que triunfe el Sol es menester que sea fuerte y vigoroso para poder vencer a las innumerables estrellas... Por eso el hombre debe alimentar al Sol que por ser un dios desdeña los alimentos groseros de los humanos ya que sólo puede ser mantenido con la

vida misma, con la sustancia mágica que se encuentra en la sangre del hombre, el **chaltchihuatl** (líquido precioso) terrible néctar del que se nutren los dioses». («La Religión de los Aztecas»).

El mito de Quetzalcoatl que tanto favoreció la primera fase de la conquista de México se opone en sus simbolismos a los de los otros dos dioses mayores: Tezcatlipoca (encarnación de la Luna o la noche) y Huitzilpochtli. Quetzalcoatl era no sólo dios de la vida sino de la sabiduría, del arte, del viento y otros atributos semejantes. Para los toltecas fue el dios supremo y ellos, cuando conquistaron Chitche-Ixá, traspasaron el fervor de su culto a los mayas que lo llamaron Kukulcan; también lo veneraron los quichés de Guatemala llamándolo Kukumatz y otras tribus de El Salvador y Nicaragua. Quetzalcoatl (en nahuatl: serpiente emplumada) simboliza la vegetación alimentada por el agua del cielo y también el cielo mismo. La gran singularidad de este dios es que posee numerosas cualidades humanas en contraste con la frialdad y el rigor omnipresente de Tezcatlipoca y Huitzilpochtli.

De ahí parte la leyenda del supremo sacer-

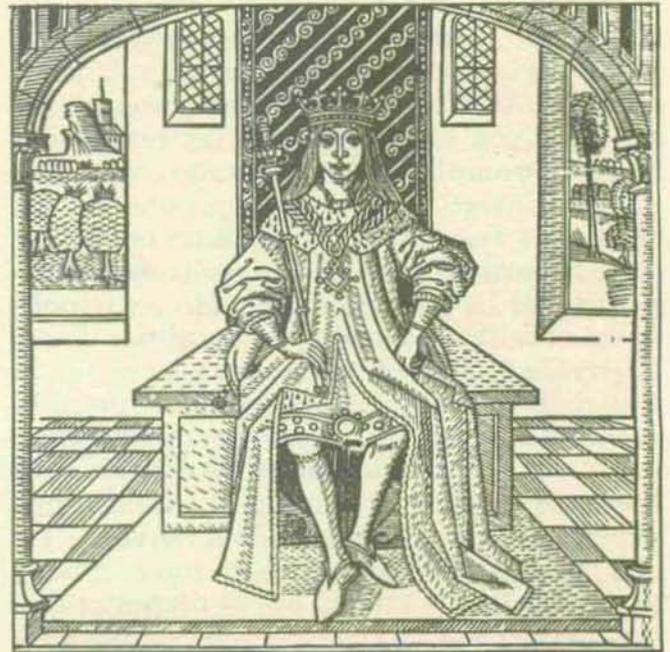


Don Hernando Cortés, conquistador de México, según aparece en *Verdaderos Retratos y Vidas de los Hombres Ilustres* de André Thévet (1584).

dote tolteca llamado **Ce Acatl** (Uno caña) **Quetzalcoatl**, por consagrar sus ritos a dicho dios, del cual se decía que tenía barba negra —los aztecas son barbilampiños— y piel blanca —la piel cobriza del indio o mestizo mexicano es bien conocida— por lo que llegó a creerse que dicho sacerdote era la encarnación del propio Quetzalcoatl. Se le eligió rey-sacerdote de Tula, capital tolteca, hacia el año 977 de nuestra era: así consta en una roca cercana a esa ciudad, Ocho Pedernal del calendario tolteca, equivalente a la fecha señalada. Con su reinado empezó la edad dorada de los toltecas, pueblo artista por antonomasia. Sin embargo, poco duró ese período feliz porque el dios Tezcatlipoca, enemigo irreconciliable de Quetzalcoatl, estrella de la tarde, se disfrazó de viejo mendigo, le hizo beber pulque (sustancia del maguey, sumamente embriagante que todavía se bebe en todas las **cantinas**—tabernas— de México) logrando emborracharle, instigándole así a la vanidad y la lujuria. Cuando **Quetzalcoatl** tuvo conciencia de sus pecados abandonó la ciudad de Tula dirigiéndose hacia Tlalpan, país de la aurora, pero prometiendo regresar algún día para posesionarse de su reino. El mayor pecado de Quetzalcoatl, según otra versión de la leyenda, es que había decidido prescindir de los sacrificios humanos sustituyéndolos en los servicios divinos por la oración, el ayuno,

las penitencias y diversas ofrendas de animales y copal (incienso).

La leyenda de Quetzalcoatl fue aprovechada por la religión de los conquistadores para facilitar la conversión de los indios al catolicismo al tratar de identificar al sacerdote **Ce Acatl Quetzalcoatl** con el apóstol Santo Tomás, expulsado de su propia tierra por los paganos con la promesa de que regresaría trayendo para todos la fe verdadera. El mito es netamente tolteca y tuvo enorme influencia en las tribus nahuas del lago de Texcoco de quienes lo tomaron los aztecas que llegaron allí mucho después. La visión quetzalcoatlíca de los reyes de Texcoco y Huejotzingo, Nezahualcoyotl y Tecayehuatzin —murieron poco antes de la llegada de los españoles— se oponía calladamente —de otro modo habrían sido aplastados como herejes— a los sacrificios humanos, pero su semilla había quedado sembrada. De ahí que Moctezuma confundiera a Hernán Cortés, quien venía de Tlalapan, donde nace la aurora (costa de Veracruz) en grandes **casas** que flotaban en el agua, con su barba negra y su piel blanca, en la grupa de extraños venados con cuernos —el caballo era desconocido en toda América— y rodeado de enormes mastines que babeaban y bramaban como ocelotes (tigre americano). Por si esto fuera poco, traían armas mortíferas que tronaban como el rayo y el relámpago destruyendo cuanto se les oponía. Demasiados prodigios para no ser divinales.



El rey de Castilla, Carlos I, cuando fue elegido emperador de Alemania como Carlos V en 1519, año en que se inició la conquista de México. (Grabado en madera para la edición *princeps* de las *Cartas de Relación sobre la Conquista de la Nueva España* de Hernán Cortés).

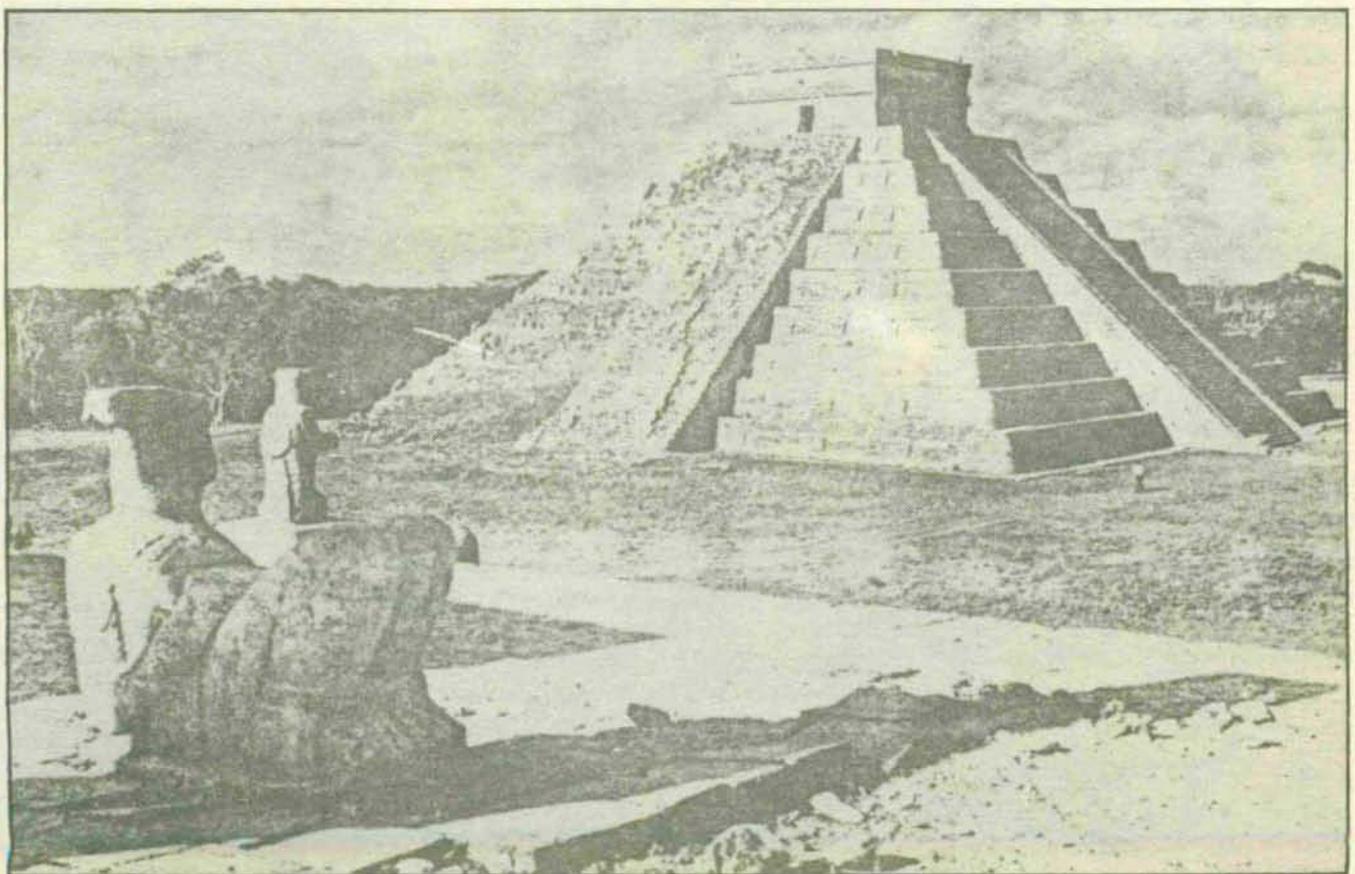


Mapa de México mostrando la distribución de las tribus principales en el territorio dominado por los aztecas desde el lago de Pátzcuaro, donde siguen asentados los indios tarascos que no se dejaron dominar por aquéllos, a la frontera con Guatemala en el sur.

RETRATO SUCINTO DEL EMPERADOR DE MEXICO

Moctezuma el Joven subió al trono de sus mayores el año **Diez Conejo** (1502) cuando reinaban en España los Reyes Católicos. Hacía dos lustros que Cristóbal Colón topara con las Indias Occidentales en busca, por el camino más corto, de las Costas de Catay y Cipango (la India y Japón). Era hijo Moctezuma del emperador Axayacatl y había ejercido importantes cargos cortesanos antes de ser elegido gobernante de México. Su

personalidad resulta difícil de definir porque sus historiadores están demasiado próximos o lejanos a su persona: el **Tlatoani** (el único que puede hablar) resultaba prácticamente inabordable por el extremo rigor del protocolo. No se le podía tocar, ni mirar a los ojos, ni hablar sino en voz muy baja con la cabeza gacha. Sólo estaban autorizados para dirigirse a él en tono familiar sus más íntimos allegados, sus mujeres, sus concubinas, sus hijos y los grandes sacerdotes cuando hacía penitencia, sangrándose orejas, brazos y piernas para ofrecer su san-



La gran pirámide de Chichen-Itzá, templo mayor maya. En primer término, estatua de un *chac-mool*, figura tolteca.

gre al dios invocado. Hernán Cortés en su «Cartas de Relación al Rey y Emperador Carlos V» y Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés, en su sabrosa «Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España», describen desde su angularidad cristiana y su bagaje cultural a la europea a tan enigmático personaje. Por otro lado, los indios informantes de fray Bernardino de Sahagún para su monumental «Historia General de las Cosas de Nueva España» hácenlo desde su lejanía en años y trato, por lo que hemos de conformarnos, salvo rasgos directos, con nuestras propias deducciones.

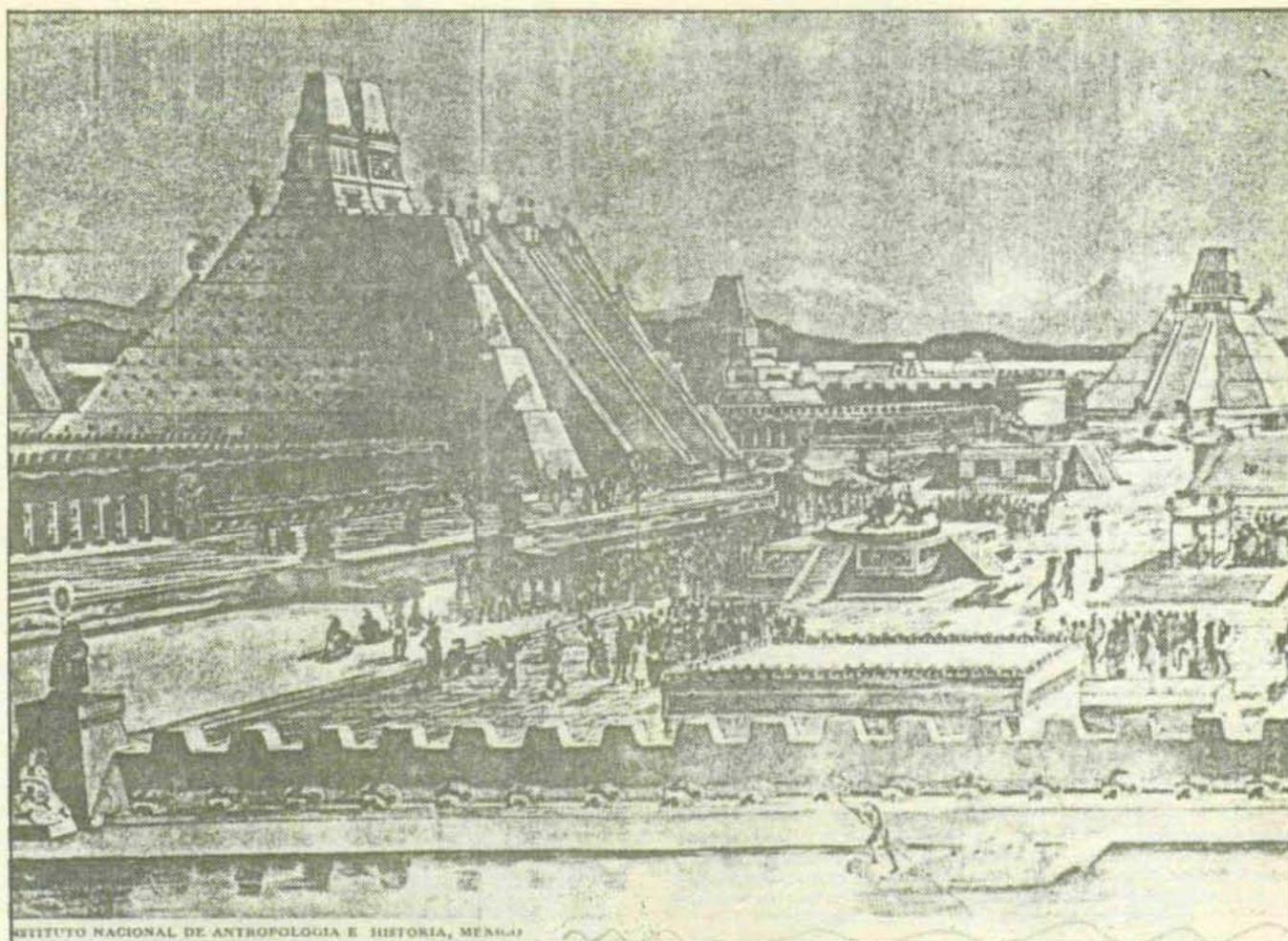
Dice Bernal Díaz del Castillo: «Era el gran Montezuma (así escrito su nombre) de hasta 40 años (ya sabemos que tenía 53), de buena estatura y bien proporcionado e cenceño e de pocas carnes y la color ni muy moreno sino propia color e matiz de indio y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas e pocas barbas prietas e bien puestas e ralas y el rostro algo largo e alegre e los ojos de buena manera e mostraban en su persona, en el mirar, por un cabo amor e cuando era menester gravedad; era muy polido y limpio, bañabase cada día una vez a la tarde. Tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores puesto que tenía dos grandes cacicas por sus

legítimas mujeres». Por otras descripciones de los cronistas de la época sabemos que Moctezuma era un monarca de gran refinamiento, superior al de los reyes y nobles europeos de su tiempo. Vivía en un palacio extraído de algún cuento de hadas con extensos jardines repletos de flores exóticas, estanques cubiertos de magnolias y de aves cantoras; un jardín zoológico con todas las especies del mundo animal en aquel continente, enormes estancias, aposentos suntuosos, casas de recreo, baños de vapor y un juego de pelota (**tactli**) cuya bola de hule no debía botar, siendo impulsada por los codos y las caderas para introducirla a través de un aro construido en la pared, ejercicio más ritual que propiamente deportivo.

La comida del emperador —siempre lo hacía solo— era servida por hermosas jóvenes, asistidas por viejos cortesanos y solían entretenerle saltimbanquis, malabaristas y deformes bufones, exactamente igual que las cortes europeas. Sin embargo, el menú de Moctezuma era mucho más rico y variado que el de un Luis XIV, ya que incluía 30 platos distintos de los que el monarca apenas si probaba un bocado: guisados de ánsares, gallinas, guajolotes (pavos, desconocidos hasta entonces en Europa), faisanes, perdices, tór-



El *chac-mool* sostiene sobre su vientre un plato donde se depositaban las ofrendas a los dioses, en ocasiones los corazones calientes de los guerreros enemigos sacrificados.

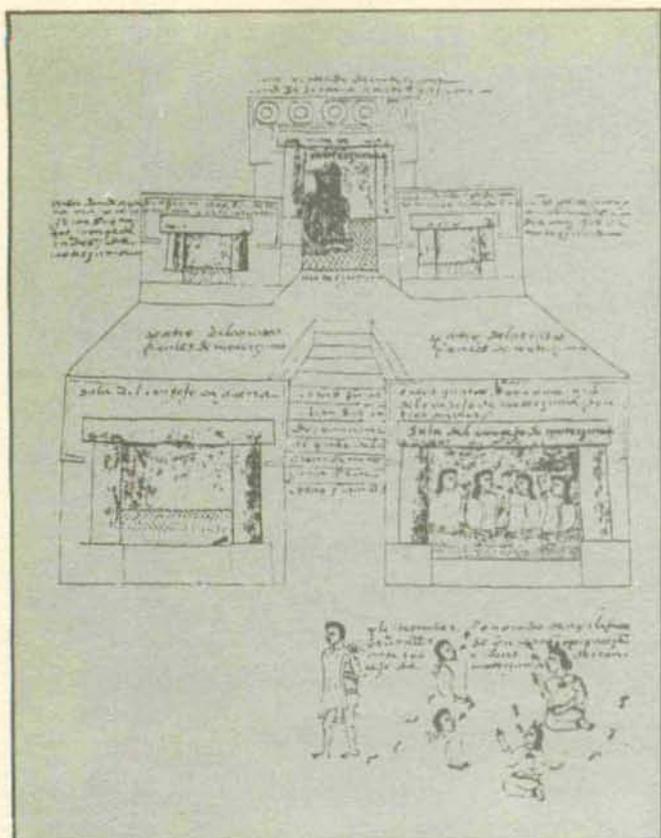


Reproducción imaginada de lo que debió ser la plaza central de Tenochtitlan presidida por su imponente Templo Mayor que causara tan profunda admiración en los conquistadores y demás cronistas del siglo XVI.

tolas, venados, palomas, liebres, verduras, gusanos de maguey, perros cebones sin pelo, frutas tropicales, etc. En América no existía el ganado bovino siendo el alimento básico del pueblo —y lo sigue siendo en nuestros días— el maíz que allí llaman **elote** y según un manuscrito del siglo XVI (*Chronica de la Santa Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*) «poco faltó para tenerlo por Dios (el maíz) y era y es tanto el embeleso que tienen con las milpas (sembrados de elote) que por ellas olvidan hijos y mujer y otro cualquiera deleite como si fuese la milpa su último fin y bienaventuranza». El maíz lo toman en forma de empanada que los españoles llamaron **tortilla** y como **tamal**, rellenos de carne picada y de otros ingredientes.

En su **Segunda Carta de Relación** describe Hernán Cortés la capital del imperio azteca, Tenochtitlan, y entre otras cosas dice: «La plaza del mercado de Tlatelolco es tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor donde hay cotidianamente arriba de 60.000 ánimas comprando y vendiendo». (El gran

pintor mexicano Diego Rivera lo ha descrito gráficamente en sus murales del Palacio Nacional, obra maestra del género). Expone Cortés después la maravilla de los templos religiosos en forma de pirámides (no eran sepulcros, como en Egipto, sino oratorios monumentales) que el conquistador llama «mezquitas o casas de ídolos los cuales mandé derribar y arrojar escaleras abajo». Primer ejemplo de terca intolerancia que llevaría años después, una vez consumada la conquista, a fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México —su labor fue notable en otros aspectos— a hacer arrasar por los monjes a sus órdenes 500 templos indígenas y despédazar 20.000 de sus ídolos, destruyendo incluso más de lo que ya estaban, las ruinas de Teotihuacan (la ciudad de los dioses) y quemando todos los códices que se guardaban en el palacio real de Texcoco. Por su parte, Diego de Landa, segundo obispo de Yucatán, mandó quemar en una gran hoguera la mayoría de los códices donde se contenía lo más sustancioso de la historia del pueblo maya. También este prelado reparó en parte tan grave yerro componiendo su



Un fragmento del Códice Mendocino que muestra al emperador Moctezuma sentado a lo indio en su trono con la impresionante soledad de los seres virtualmente divinizados. Abajo, cuatro miembros del Consejo Real y más abajo, peticionarios en espera de ser recibidos por el Consejo de Moctezuma ya que el monarca sólo se dirigía a los más altos dignatarios.

fundamental obra «Relación de las Cosas de Yucatán».

Sigue hablando Cortés de Moctezuma en sus **Cartas de Relación**: «Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer... tan maravillosas que me parecería casi imposible decir la bondad y grandeza dellas, más de que en España no hay semejantes... Moctezuma vestíase cada día cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas y nunca más se las vestía otra vez...». El hecho de que tanto Bernal Díaz como Cortés recogiesen con tanta minucia estos detalles refleja la distancia entre la extrema *finesse* de los grandes señores aztecas y la zafiedad de los europeos de aquel tiempo. Con los escasos datos psicológicos que han podido reunirse sobre Moctezuma el Joven, llegamos a la conclusión de que era un monarca más dulce que agresivo de carácter, a pesar de que su nombre signifique **Señor sañudo a lo grande**.

En su juventud, durante los reinados de su padre Axayacatl y de Tizoc, así como en los primeros años del de Ahuizol, su antecesor, fue un buen guerrero que cosechó valiosos triunfos. En los años finales de Ahuizol

ejerció puestos cortesanos y sólo esporádicamente acudió al campo de batalla. Ahuizol extendió el dominio nominal azteca hasta cerca de Guatemala y dio término al templo mayor de Tenochtitlan con un nuevo sacrificio masivo de prisioneros. Al morir Ahuizol, el Consejo Superior del reino (**Tlatoacan**) eligió como **Tlacatecutli** (Señor de Señores) a Moctezuma Xocoyotzin. Después de larga penitencia y meditación, rodeado de sus dioses tutelares, aceptó la corona de México a la edad de 34 años. Le trasquilaron, le agujerearon las ternillas de la nariz donde le pusieron un sutil y delgado canutillo de oro, atributo de su dignidad imperial.

Cabe pensar que se creyera, como los reyes castellanos, ungido para su gobierno por la Gracia de su dios (Huitzilopichtli), pero quizá sin la de Quetzalcoatl, el dios expulsado. Sus convicciones a este respecto fueron tan firmes y arraigadas que causaron su perdición. No puede saberse si en algún momento de su dramática existencia llegó al convencimiento de que Hernán Cortés y el rey de Castilla eran tan sólo usurpadores de su reino como los propios aztecas lo habían sido con los pueblos ribereños del lago de Texcoco adonde llegarán tardíamente. Aunque tuviesen apariencia mortal habían de ser *teutes* (dioses) cuya misión era devolver a Quetzalcoatl el reino que le había sido arrancado por los otros dioses. Quizá fuera cierto que ordenó todas las emboscadas contra Cortés, antes de su arribo a Tenochtitlan, que los cronistas españoles le atribuyen, porque de haber dado resultado sería clara señal de que aquellos extraños visitantes en vez de *teutes* serían forajidos del mar.

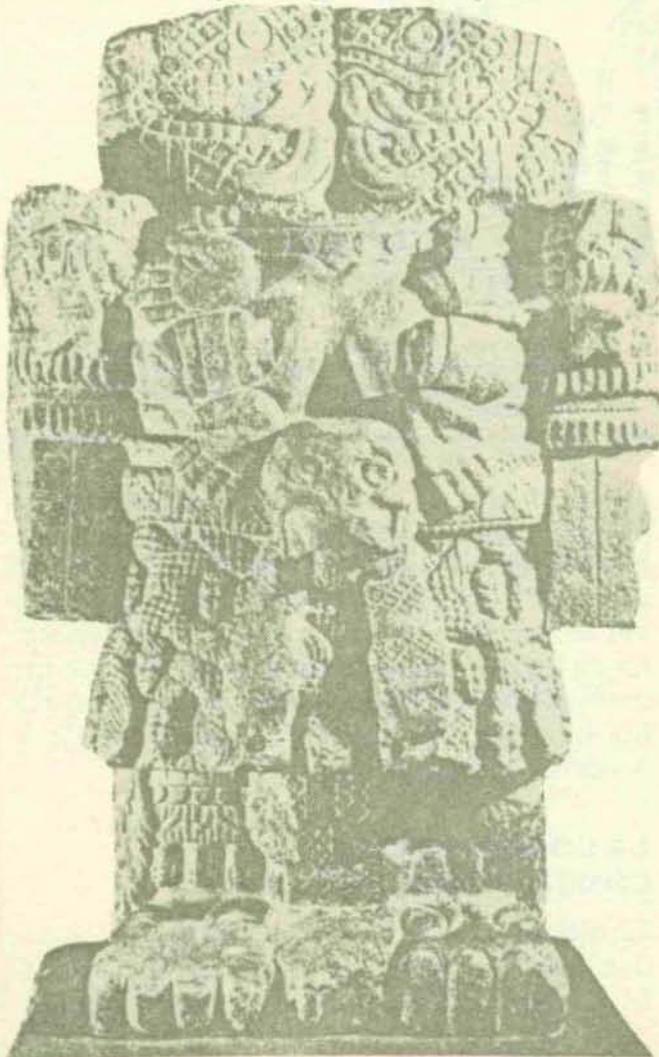
Lo que caracteriza a Moctezuma el Joven es su largueza, su inacabable filantropía hacia los recién llegados —tan dominados por la avidez, según el Códice Florentino— no sólo antes y a la llegada a Tenochtitlan de Cortés sino incluso cuando era prisionero del capitán español y seguía ejerciendo su autoridad real sobre su pueblo. El hecho más significativo fue el sentido discurso que dirigió a los reyes confederados con el imperio azteca y a los príncipes y nobles de su corte cuando los convocó tras la negativa de Cacama, rey de Texcoco, a obedecer órdenes de Cortés, que consistían en rendir público vasallaje al rey de Castilla. Un acto tan arbitrario como el derribo escaleras abajo de los dioses aztecas, pero con todo y eso el comportamiento de Cortés con su prisionero real y en general con el pueblo azteca fue más tolerante, dentro de

su zafiedad, que el de Francisco Pizarro y otros conquistadores de pueblos americanos.

En la 2.^a Carta de Relación a su Rey reproduce el conquistador de México el discurso de Moctezuma a que hacíamos alusión, en los siguientes términos: «Hermanos y amigos míos: ...Creo que de vuestros antecesores tenéis memoria como nosotros no somos naturales de esta tierra e que vinieron a ella de otra muy lejos y los trajo un señor que en ella los dejó cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende a mucho y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en estas tierras y casados con las mujeres de esta tierra y tenían mucha multiplicación de hijos por manera que no quisieron volverse con él ni menos lo quisieron recibir por señor de la tierra y él se volvió y dejó dicho que tornaría o enviaría con tal poder que los pudiese constreñir y atraer a su servicio. E bien sabéis que siempre lo hemos esperado y según las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey u señor que le envió



Cráneo de un guerrero muerto en la piedra de los sacrificios, adornado con un mosaico de turquesas. La presencia de la muerte es una constante de la religión azteca.

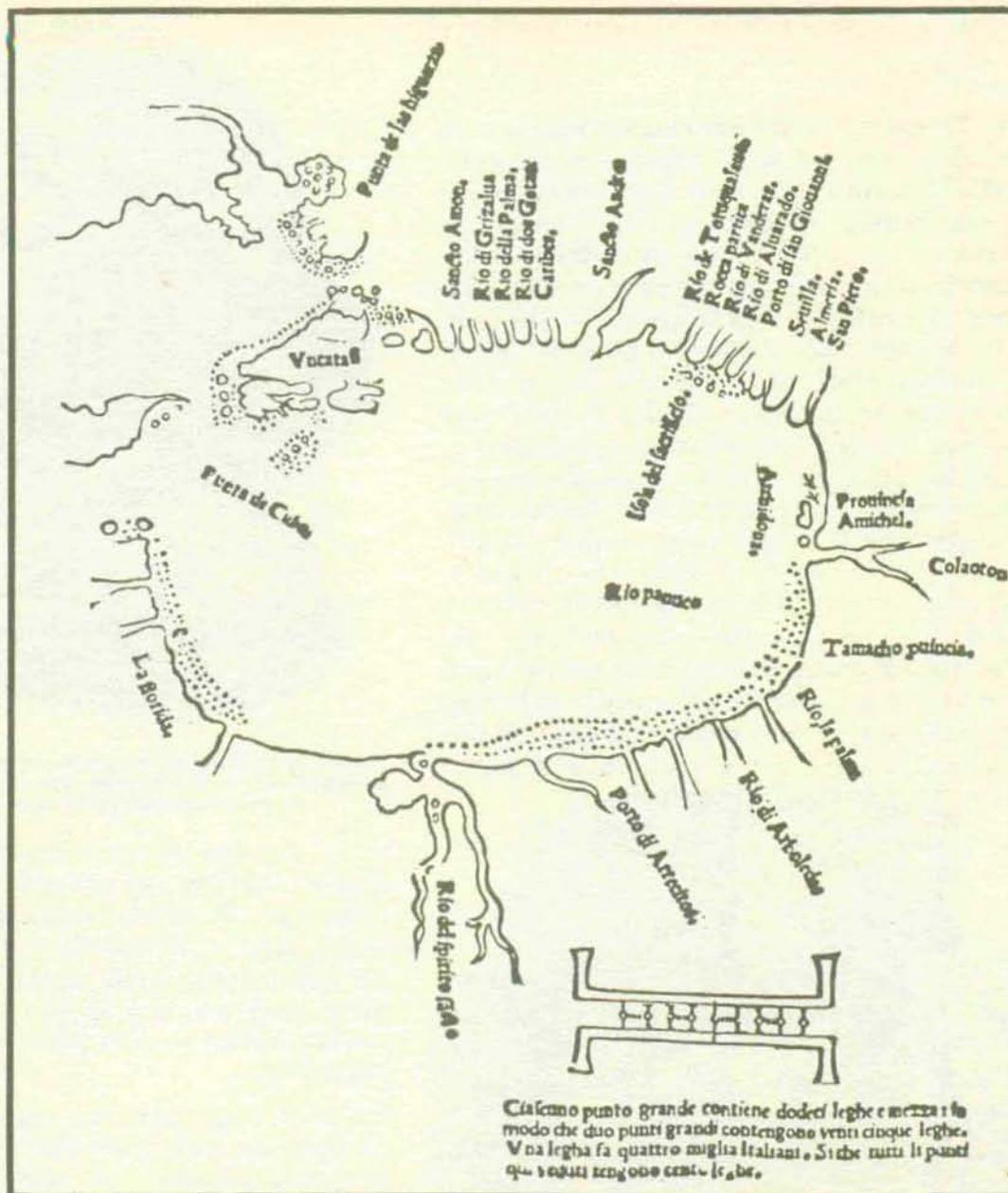


La diosa de la Tierra, Coatlicue, madre de los dioses. Su horrible apariencia resume el concepto azteca de la vida y la muerte. Sólo los dioses menores tienen alguna vez apariencia humana.

acá... y tengo por cierto, y así lo debéis vosotros tener que aqueste es el señor que esperábamos... Y mucho os ruego que así como hasta aquí a mí habéis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey pues él es vuestro natural señor y en su lugar tengáis a éste, su capitán...».

En este fragmento del discurso en que el emperador azteca mostró su total sumisión al conquistador se mezclan elementos simbólicos de Huitzilopochtli y Quetzalcoatl; hay que tener en cuenta que Cortés lo tomó de la traducción que le hiciera la Malinche, princesa de Tabasco cuya mitología era distinta, dentro de una línea común, a la de los mexicas. Los ocho presagios que anunciaron a Moctezuma la próxima llegada de los **teutes**, la destrucción de su reino y el mito de Quetzalcoatl con su retorno desde el país donde nace la aurora, se habían cumplido fielmente. Moctezuma estaba convencido del derecho divino del rey de Castilla y de su capitán Cortés a posesionarse de México, concepción sobrecedora puesto que entraña la renuncia voluntaria al enorme poder que le habían asignado a su emperador los aztecas en favor de un desconocido cuya lengua, religión y cultura eran radicalmente distintas. De ahí que juzguemos a Moctezuma Xoyotzin como uno de los más conmovedores y trágicos en-

Tenochtitlan conquistada por los españoles con el emblema de los Habsburgo ondeando en una de sus torres. Grabado que los hermanos Durero forjaron para el emperador Carlos V para celebrar el triunfo de la hazaña cortesiana. Se trata de una visión europeizada sin faltar en ella las tres calzadas que unían el islote central con la tierra firme. Su valor es puramente artístico.



Ciascuno punto grande contiene dodici leghe e mezzo: in modo che duo punti grandi contengono venti cinque leghe. Una legha fa quattro miglia Italiane. Si che tutti li punti che seguitano sono centi leghe.

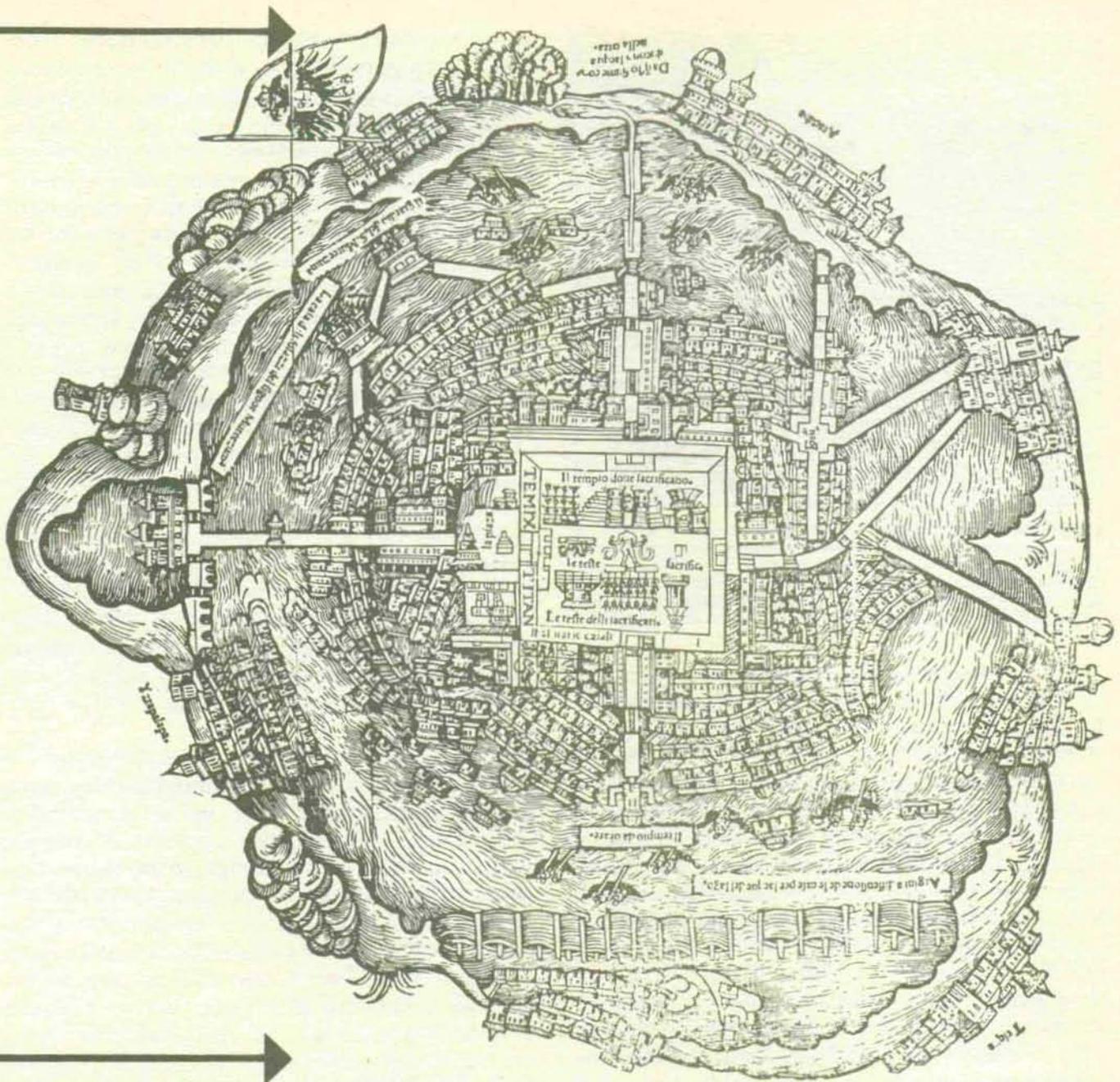
tre todos los personajes de la historia universal.

Sin embargo la conquista de México no fue precisamente una empresa fácil para aquel puñado de españoles sino una lucha a muerte, minuciosamente planeada y ejecutada por Hernán Cortés, que acarreó tan irreparable calamidad histórica como fuera la destrucción total de Tenochtitlan, cimiento del cielo, la Venecia de América cuatuplicada en tamaño y población. Los errores, la avidez y las contradicciones de los españoles disputándose la presa —Velázquez de Cuéllar y Narváez contra Cortés en México, Pizarro contra Almagro en Perú, Pedrarias contra Balboa en Panamá, etc.— convirtieron la generosa acolada de Moctezuma en horrorosa carnicería provocada por el nerviosismo del rapaz lugarteniente de

Cortés, Pedro de Alvarado, a quien los indios habían llamado por su rubia cabellera, **Tonatiuh**, el sol. Cortés hubo de extremar su genio militar y político para reparar los graves entuertos de sus propios compatriotas hasta lograr salvar de su total exterminio tan menguada expedición como la suya a uno de los pueblos más cultos y aguerridos de la América indígena.

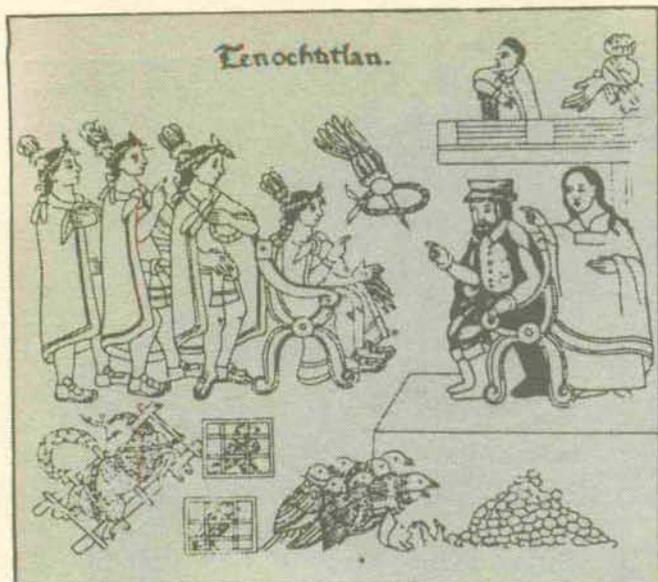
LA CONQUISTA Y EL CONQUISTADOR DE MEXICO

El hidalguelo de Medellín que había osado desobedecer la autoridad del gobernador de la isla Fernandina (Cuba) zarpando hacia lo desconocido en compañía de 673 españoles, 200 indios cubanos, algunos negros y 16 caballos, ballestas, escopetas, arcabuces, fal-



conetes, culebrinas y pelotas de bronce (baldas de cañón) no pudo sospechar que desde su desembarco en tierra mexicana fuese beneficiario de tan esotérico temor a Quetzalcoatl en el supremo gobernante de aquellas tierras. Cabe reconocer que aunque Cortés contase con tan inesperada fortuna, se reveló como uno de los más extraordinarios jefes militares y políticos del calibre de Alejandro Magno, Julio César y Napoleón. Cortés ganó para la corona de Castilla un imperio más extenso que el de Roma en tiempos de Augusto y fue además un gran organizador y estadista mientras le duró la gubernatura de México (1521-26). Se hizo después descubridor —Mar de Cortés y Baja California— emprendiendo expediciones que aún nos producen asombro como aquella a las Hibueras en América Central que duró más de dos años

sin más objeto aparente que salvar el principio de autoridad ante la rebelión de su antiguo maestro de campo y conquistador de México, Cristóbal de Olid. Era generoso con el vencido, como Julio César, pero igual que éste implacable con quien quebrara el principio de autoridad que le llevó a esos arrebatos típicamente iberos con reacciones desorbitadas como las condenas a muerte del príncipe Cuauhtemoc, del último emperador azteca, Cuauhtemoc y del rey de Tacuba, Tetlepanquetzal. Su natural repugnancia hacia las crueles ceremonias de los sacrificios humanos provocó numerosos actos impulsivos de destrucción de ídolos sustituidos por imágenes de la Virgen María, actitud simplista en cualquier creyente europeo del siglo XVI. No sería objetivo juzgar al conquistador con criterios éticos de nues-



Encuentro de Moctezuma y Hernán Cortés según el Lienzo de Tlaxcala, debido a un indio tlaxcalteca. Detrás del conquistador vemos a la Malinche (doña Marina), amante, confidente e intérprete de Cortés. En la parte inferior algunos de los presentes con que Moctezuma obsequió a su huésped, quien pocos días después convirtió al emperador de México en su prisionero.

tro tiempo so pena de caer en el mismo error de incomprensión y falta de perspectiva histórica. La moral cristiana había sido acomodada al interés de Estado hasta el punto de que llegó a aplicarse como principio la regla que informó la política internacional de Felipe II en época tan cargada de cismas y segregaciones político-religiosas: **hereticae non est servanda fides** (los acuerdos con herejes no obligan). Nicolás Maquiavelo había escrito su cínico tratado político «El Príncipe» en 1513 donde establece como principio de gobierno la falta de escrúpulos y el terror cuando es necesario para alcanzar y conservar el Poder. El estadista ha de saber interpretar a un tiempo los papeles de león y zorro: sus ejemplos vivos fueron dos españoles: Fernando el Católico y César Borgia. Y eso fue Cortés también en la conquista de México: un león y un zorro.

Su primera sorpresa agradable fue descubrir que los indios totonacas, pobladores de la costa donde él después fundara la Villa Rica de la Veracruz, debían pagar onerosos tributos al emperador azteca y así su primera medida fue despachar a los recaudadores de Moctezuma Xocoyotzin con las manos vacías. Los tlaxcaltecas, tribu situada en el camino lateral desde la costa a Tenochtitlan, opusieron fiera resistencia al paso de la expedición española, pero acabaron por ser dominados gracias a la superioridad del armamento europeo sobre las flechas y macanas con puntas de obsidiana; Cortés había escogido ese enfrentamiento, si se producía,

con un doble propósito: para no dejar amenazada su retaguardia al dirigirse hacia la capital del imperio y tratar de ganarse como aliados a los tlaxcaltecas que él sabía esquilados y malquistados por y con los aztecas. Sus planes salieron a la perfección: sin la ayuda del pueblo tlaxcalteca, la conquista de México por Hernán Cortés hubiera terminado en un completo desastre. Para los caciques tlaxcaltecas, ganados por las palabras y promesas de Cortés a su causa, los españoles eran sus liberadores del yugo azteca: el yugo español, por malo que fuera, no podía ser peor. A los tlaxcaltecas agregó Cortés la tribu de los huejotzingas, los dos pueblos más castigados con tributos y expoliaciones por los hasta entonces invencibles aztecas. Más tarde sumó Cortés a los chalcas y xochimilcas del lago de Texcoco, pero su último golpe de suerte fue la alianza de un príncipe texcocano resentido con Moctezuma por haberle negado el trono de Texcoco: Ixtlixochitl (Flor de Cara Negra) cuyos partidarios, muy numerosos y fuertes, significaron una ayuda decisiva para el conquistador.

Moctezuma envió numerosos emisarios y embajadores con espléndidas dádivas para Cortés suplicándole que no se dirigiera a Tenochtitlan. Cualquier capitán de menos talla y audacia que Cortés se hubiera contentado con la enorme fortuna que ya habían puesto a su disposición el emperador y los caciques por donde pasara. Para entrar en la capital azteca había que utilizar una de las tres calzadas artificiales que ligaban el islote con la tierra firme, lo cual suponía encastrarse en aquella enorme ciudad lacustre de unos 300.000 habitantes —no existía ciudad europea entonces con esa población— cuyas salidas podían ser fácilmente cortadas, rodeados por el ejército más numeroso y temible de aquellas tierras. Cortés se jugó todo a una carta, como Julio César al atravesar el Rubicón camino de Roma. Nos deja todavía perplejos la hazaña de Cortés que, aun estando varias veces al borde del desastre, consiguió todos sus propósitos a los 19 meses de su entrada solemne en Tenochtitlan bajo los auspicios de Moctezuma Xocoyotzin, a quien pocos días después, en un golpe temerario hizo prisionero para poder dominar, a través de su inmensa autoridad real, el imperio azteca y como salvaguardia de su propia seguridad.

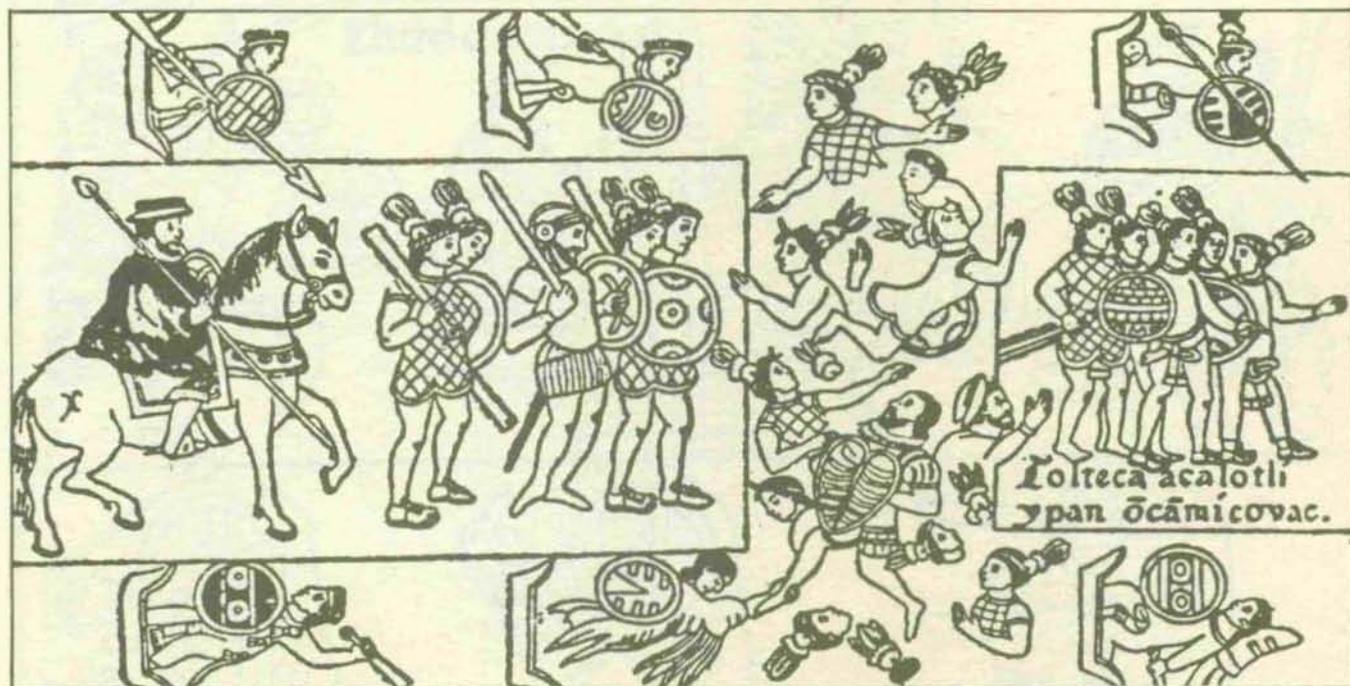
Cuando el conquistador parecía alcanzar su intento, al rendir, Moctezuma y la mayoría de los reyes confederados con su imperio,

vasallaje al rey de Castilla y a él mismo, los vigías del emperador le hicieron saber que en la costa del Golfo había desembarcado la más formidable expedición militar enviada hasta entonces a tierra firme compuesta por unos 1.500 soldados y abundante material bélico a las órdenes de Pánfilo de Narváez quien traía el encargo del gobernador de Cuba, Diego Velázquez de Cuéllar, de tomar el mando y deponer a Cortés. Cortés se dispuso a enfrentarse inmediatamente a tan peligroso enemigo para lo cual escogió a 200 de sus mejores soldados, dejando en Tenochtitlan una guarnición al mando de Pedro de Alvarado, uno de sus mejores capitanes en el campo de batalla, un león que nada tenía de zorro como también puso de manifiesto por sus inútiles crueldades durante la conquista de Guatemala en la que fue máxima figura.

El triunfo rápido, sin casi disparar un arcabuzazo, sobre Narváez al que hizo prisionero y después dejó en libertad, es otra de las inconcebibles hazañas de Cortés. Compró a los emisarios de Narváez, convenció de que se pasaran a su bando a los capitanes recién llegados y sumó a sus huestes toda la expedición enviada contra él. Cuando se dirigía con su aguerrida tropa hacia Tenochtitlan se produjo el bárbaro y profundo error de Pedro de Alvarado que estuvo a punto de costar el exterminio ulterior de todos los españoles. Los nervios consumían al lugarteniente del gran conquistador, encerrado con toda su

guarnición en las llamadas por los cronistas Casas Reales —el palacio de Axayacatl donde hoy se levanta el Monte de Piedad en el Zócalo de la capital mexicana— con Moctezuma como su prisionero y la callada hostilidad que él creía ver en todos los rostros aztecas. Los habitantes de Tenochtitlan celebraban en esos momentos una de sus fiestas religiosas llamada **Texcatl** en honor de su dios tutelar Huitzilopochtli, encarnación de la guerra. Habían esculpido una gigantesca efigie del dios con semilla de chicalotes (bledos) emplumándolo y adornándolo con turquesas, oro y otras piedras preciosas. En la cabeza le pusieron un tocado mágico con plumas de colibrí y otros muchos aderezos por todo el cuerpo. Una gran multitud, presidida por los nobles, asistía a la ceremonia precedida por un **areito** (danza sagrada).

Alvarado creyó sin duda que aquel homenaje al dios de la guerra durante la ausencia de Cortés era la señal escogida para atacar su cuartel general y llevarlo junto con sus soldados a la piedra de los sacrificios. Incapaz de dominarse, quiso anticiparse a lo que él creía un taimado golpe —suposición absolutamente gratuita— y dio orden de acuchillar indiscriminadamente a los desarmados celebrantes, vestidos con sus mejores galas. El Códice Florentino que recoge los testimonios de los informantes del padre Sahagún, máximo historiador de la cultura azteca, describe así el terrible hecho: «In-

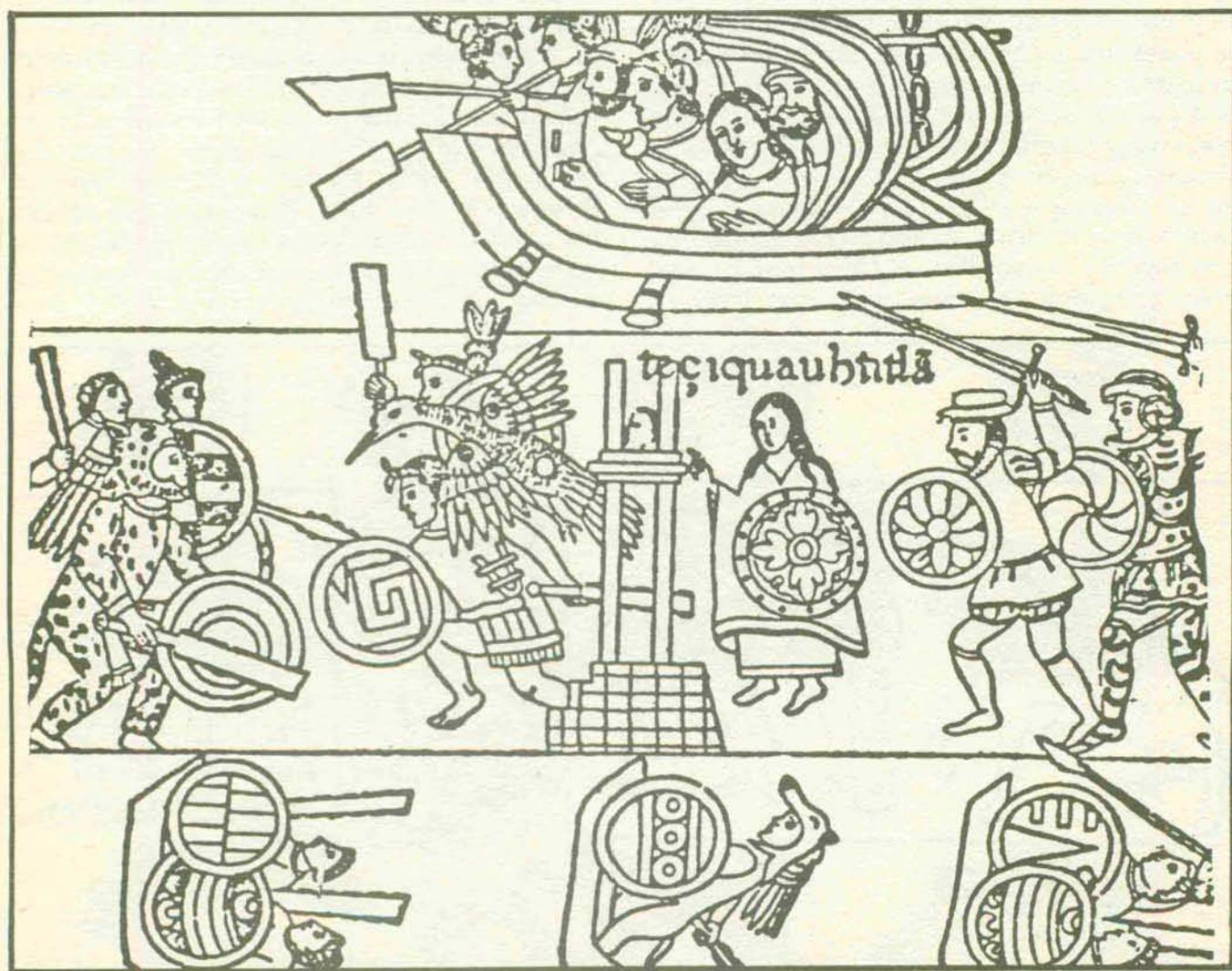


Huida de Cortés y sus huestes la Noche Triste, según el Lienzo de Tlaxcala. Los indios tlaxcaltecas fueron colaboradores esenciales en la conquista de México. Los españoles son atacados desde canoas cuando intentan huir por la calzada; la mayoría murieron ahogados en el lago de Texcoco cargados con su botín.

mediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales; dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron; lejos fue a caer su cabeza cercenada. Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos... Inmediatamente cayeron por tierra dispersadas sus entrañas... etc».

Tuvo que intervenir Moctezuma para tratar de detener las represalias que los aztecas tomaron de modo inmediato contra la presencia española, pero no sirvió de mucho. Estaban cercados en las Casas Reales y hubieran sido aniquilados si Hernán Cortés no acude en su ayuda con las tropas de refresco que habían venido a combatirlo a él. El Consejo del Reino azteca (**Tlalocan**) decidió desconocer la autoridad de Moctezuma y traspasar el trono a Cuitlahuac, hermano de Moctezuma, partidario de la resistencia contra el invasor. Con esta medida dio comienzo la gran batalla entre mexicanos y españoles que Cortés, beneficiado por las ingenuas

creencias religiosas de Moctezuma y sus más allegados consejeros al confundirlo con el dios Quetzacoatl, estuvo a punto de evitar. Los dos bandos combatieron con extraordinaria fiereza y heroísmo. Los españoles llevaban por su escaso número, pese al efecto mortífero de sus armas modernas, todas las de perder por lo que Cortés decidió lo que parecía imposible de conseguir: huir durante la noche, bajo intensa lluvia, del islote hacia tierra firme, pero no pudieron burlar la vigilancia azteca y el resultado en vidas y material perdidos fue catastrófico. Las aguas del lago de Texcoco se tragaron toda la artillería y el oro acumulado del que los soldados no querían desprenderse, hundiéndose con su botín. El gran triunfo del 8 de noviembre en que Moctezuma colgara un collar de caracoles dorados del cuello de Cortés se convirtió en la Noche Triste del 30 de junio de 1520. Cuando el conquistador lloró, como es tradición, bajo el viejo ahuehuete de Tacuba, sólo vio pasar a 23 jinetes malheridos, unas



Ataque final a Tenochtitlan por los españoles con bergantines, mandados construir por Cortés en Tlaxcala, y por tierra. El artista nunca olvidaba la figura de la Malinche que aquí lleva incluso un escudo. A la izquierda, Caballeros Tigres y Caballeros Aguilas, las dos órdenes militares aztecas. (Lienzo de Tlaxcala).



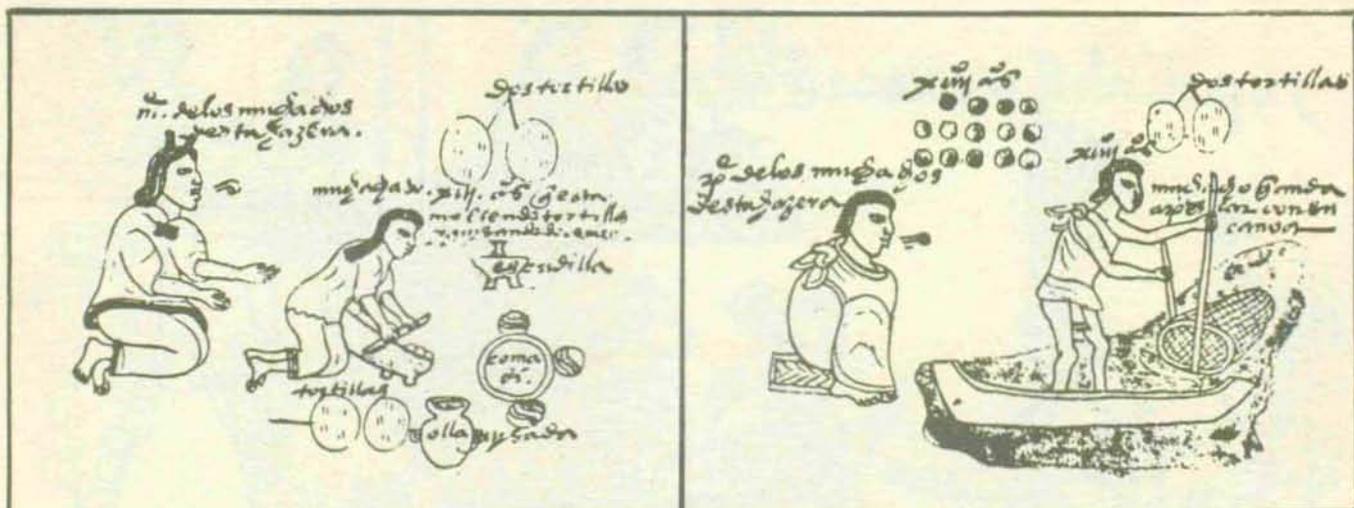
Encuentro de Cortés y Cuauhtemoc, último emperador azteca, cuando se rindió Tenochtitlan (1521) ante la aplastante superioridad estratégica y material de los españoles. Cortés mandó ahorcar a Cuauhtemoc cuatro años después junto con el rey de Tacuba durante su asombrosa —y disparatada— expedición por tierra firme a las Hibueras (Honduras).

cuantas lanzas, algunos ballesteros, escasísima infantería y los aliados tlaxcaltecas y totonacas diezmados. Habían tenido que pasar por encima de los montones de cadáveres españoles e indios que obstruían la calzada, salida obligada del islote central de Tenochtitlan.

Cortés no dio tregua a sus menguadas tropas emprendiendo la marcha hacia Tlaxcala, pero cuando cruzaban cerca de Teotihuacan —ruinas de la Ciudad de los Dioses— creyéndose ya a salvo, les salió al paso en las proximidades de Otumba un nutrido ejército de tenochcas y texcocanos: ¿Quién daba en ese momento un ardite por los abatidos conquistadores? En uno de sus grandes instantes de inspiración, Cortés, rodeado de sus capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Gonzalo Domínguez y Juan de Salamanca logró alcanzar al jefe azteca, derribándole y arrancándole el vistoso penacho y las divisas que simbolizaban su alta

jerarquía. Cuando los guerreros tenochcas y texcocanos se dieron cuenta cesaron inmediatamente en la lucha, dejando el campo libre a los españoles. Si en vez de aplicar tan rígido concepto de la jerarquía, hubiesen continuado los aztecas el combate, no cabe duda alguna de que los españoles habrían sido definitivamente aniquilados. El sentido de la autoridad indígena al retirarse cuando tenían la partida ganada fue la última de las piezas providenciales que condujeron a Cortés al completo triunfo de sus planes.

Cuenta Bernal Díaz del Castillo que cuando entraron a toda prisa en territorio tlaxcalteca como una mesnada en fuga no podían saber si los caciques les serían leales y si la guarnición de Veracruz seguía en pie: «No quedábamos sino 440 con 12 caballos, 12 ballesteros y 7 escopeteros y no teníamos pólvora y todos heridos y cojos y mancos...». Se ha repetido con insistencia que el indio es por naturaleza desconfiado, escurridizo y



Pictografía azteca: enseñanzas de una madre y un padre a sus hijos adolescentes para moler maíz y convertirlo en tortillas —como todavía se hace— pescar con salabardoy tejer los trajes y capas de vistosos colores que usaban los habitantes de Tenochtitlan.

desleal a la menor ocasión, pero aquellos tlaxcaltecas que acogieron a Cortés y a sus hombres con los brazos abiertos, dándoles la más generosa hospitalidad en la derrota, desmienten tal aserto. La fuga y el desastre de la Noche Triste puso a aquel puñado de españoles en el trance de fiarlo todo a la voluntad de unas tribus que los cronistas —y ellos mismos como tales— habían calificado, como al resto de los indígenas de América, de ignaros y salvajes.

**EL TRAGICO DESENLACE:
DESTRUCCION DE TENOCHTITLAN
Y DE SU CULTURA**

Cortés permaneció cerca de un año en territorio tlaxcalteca preparando minuciosamente su asalto definitivo al corazón del imperio azteca. Mandó construir 13 bergantines armados con artillería que debían surcar el lago de Texcoco destruyendo a su paso cuanto estuviere a su alcance. Recibió grandes refuerzos tras los nuevos desembarcos en el Golfo que se ponían incondicionalmente a sus órdenes. Se dirigió entonces hacia Tenochtitlan para dar la batalla final. El emperador Cuitlahuac había muerto con-

tagiado por una de las dos enfermedades que los españoles transmitieron a los indígenas: la viruela y la sífilis. El nuevo monarca azteca era un joven de 22 años, Cuauhtemoc (el Aguila que Cae) quien supo defender su hermosa capital durante 93 días. Acabó por imponerse la superioridad estratégica y material de los hispanos —Cortés estuvo en dos ocasiones en manos indias salvándole su prurito de hacer prisioneros para sacrificarlos posteriormente, ya que sus capitanes pudieron rescatarle— al cortar el agua y los abastecimientos del ejército azteca, después de convertir en ruinas la maravillosa ciudad de Tenochtitlan.

El 13 de agosto de 1521 —el sitio había empezado el 26 de mayo— consumó Cortés la conquista de México ya que hecho prisionero Cuauhtemoc no volvió a encontrar firme resistencia en todo el territorio dominado por los aztecas. Tenochtitlan pasó a llamarse México que también llegó a ser una espléndida ciudad de palacios y mansiones, pero al estilo europeo con un marcado sello indígena. La religión y la cultura aztecas fueron igualmente desplazadas por la fe católica, protegida debidamente para su mayor eficacia por el temible Tribunal de la Inquisición, y por la autoridad de los virreyes que trataron de hacer tabla rasa —salvo excepciones— con el pasado no sólo de los aztecas sino de las restantes culturas originarias de América. El celo de algunos misioneros como fray Bernardino de Sahagún y los estudios e investigaciones antropológicas posteriores salvaron del olvido la extraordinaria cultura de los mexicas. ■ A. C.

EL LEGADO AZTECA

(Cuadro cronológico)

Restos arqueológicos de las culturas
que precedieron al imperio de los aztecas

Meseta Central de México

Cultura teotihuacana: *Siglos III al IX d. C.*

TEOTIHUACAN (La ciudad donde nacen los dioses)

Pirámides del Sol y de la Luna. Templo de Quetzalcoatl (llamado por los españoles Ciudadela). Viviendas. Tumbas. Pinturas murales de Tepantitla. Casa de las Mariposas. Imagen de la diosa del Agua. Imagen del dios del Fuego. Máscaras de basalto, jade, etc. Cerámica. Tripedes, hachas de obsidiana, etc.

Cultura tolteca: *Siglos IX al XII d. C.*

TOLLAN (Tula)

Templo de la Estrella Matutina con sus Atlantes. Cerámica de Mazapan. Muro monumental con friso de relieves. Juego de pelota. Chacmooles: figuras de dios o de hombre con las piernas dobladas y la cabeza vuelta hacia un lado con plato para ofrecer ofrendas. Esta ciudad, consagrada a Quetzalcoatl, fue destruida por los chichimecas —tribus del lago de Texcoco— hacia 1168. Tula fue el mayor centro de la cultura clásica en la altoplanicie mexicana.

XOCHICALCO

Pirámide con relieves semejantes a los de Tula y a los toltecas de Chichén-Itzá (Yucatán). Juego de pelota y viviendas.

Cultura Maya: *Siglos X al XII.*

CHITCHEN-ITZA

Ciudad sagrada fundada hacia 534 d. C. Invasión por los toltecas de Tula hacia 900 d. C., quienes también levantaron construcciones en la isla de Cozumel y en la ciudad de Izamal. Cenote sagrado donde arrojaban algunas de las víctimas sacrificadas a sus dioses; era un pozo de agua subterránea de 60 m. de diá-

metro y 20 de fondo del que llegaron a rescatarse 13 esqueletos de hombre, 8 de mujeres y 21 de niños, más numerosas piezas de cerámica y joyas. Templo de Kukulcan (nombre maya de Quetzalcoatl) y templo de los guerreros. Grupo de las Mil columnas. Juego de pelota. Caracol. Templo de los tableros. Tumba del sumo sacerdote. Murales, relieves, etc. Máxima maravilla arqueológica de Mesoamérica.

Cultura azteca: *Siglos XIII al XVI d. C.*

TENOCHTITLAN (Nombre azteca de la actual capital de México, fundada en 1370).

REYES AZTECAS

Acamapichtli (1375-96),
Huitzilhuhtl (1396-1417),
Chimalpopoca (1417-28),
Itzcoatl (1428-40).

Tlacaélel: Primer Ministro hasta 1502).

Moctezuma I (1440-69),
Axayacatl (1469-81),
Tizoc (1481-86),
Ahuitzol (1486-1502),
Moctezuma II (1502-20).

Llegada de Hernán Cortés: 1519.

Cuitlahuac (1520),
Cuauhtemoc (1520-24).

Conquista definitiva y destrucción de Tenochtitlan: 1521.

El dominio azteca se extendió desde el Lago de Pátzcuaro en el norte de Guatemala, en el sur y de costa a costa.

Pirámides de Tenayuca, Teopanzolco, Malinalco y del Tepozteco. Templo Mayor: restos recientemente descubiertos en el subsuelo de la plaza central (Zócalo) de la capital de México.